

*Pero él extiende sus brazos, abre al fin sus dos brazos y
se entrega completo.*

*Y allí fuerte se reconoce, y crece y se lanza,
y avanza y levanta espumas, y salta y confía,
y hiende y late en las aguas vivas, y canta, y es joven.*

*Así, entra con pies desnudos. Entra en el hervor, en
la plaza.*

Entra en el torrente que te reclama y allí sé tú mismo (22).

Así, pues, se halla presente a grandes rasgos en nuestro autor (nos parece), con su poetización del impulso hacia la naturaleza entera y del transcurrir humano, la misma doble sustancia temática de contenido que da cuerpo a la obra de Jorge Guillén: el cántico y clamor alternativos ante lo existente natural e histórico. Quizá incluso constituya una razonable hipótesis de trabajo la de la puesta en claro de esos dos grandes tonos poéticos generales en todo el Veintisiete; ambos temas se hallan presentes seguramente, con distintas variaciones y realización literaria original, en buena parte de los autores del grupo; por supuesto, en distinta proporción (23).

(22) *Ibid.*, pp. 209-211. El tema, como se sabe, ha sido glosado filosóficamente con gran entidad por don Pedro Laín Entralgo.

(23) Así se dibuja, e. gr., en las Interpretaciones y ejemplos de M. García Posada: *García Lorca*, Madrid, 1979, y Dámaso Alonso: *Poemas escogidos*, Madrid, 1969. Pedro Salinas, de otro lado, al par que no ocultó una actitud satírica ante el caos del mundo, exaltaba también la técnica en cuanto naturaleza al servicio del hombre. Ocurre, por ejemplo, en su original poema «Navacerrada, abril», aparentemente amoroso y que hacia el final descubre su sentido verdadero:

*Los dos solos. ¡Qué bien
aquí, en el puerto, altos!
Vencido verde, triunfo
de los dos, al venir
queda un paisaje atrás:
otro enfrente, esperándonos.
Parar aquí un minuto.
Sus tres banderas blancas
—soledad, nieve, altura—
agita la mañana.
Se rinde, se me rinde.
Ya su silencio es mío:
posesión de un minuto.
Y de pronto mi mano
que te oprime, y tú, yo,
—aventura de arranque
eléctrico—, rompemos
el cristal de las doce,
a correr por un mundo
de asfalto y selva virgen.
Alma mía en la tuya
mecánica; mi fuerza,
bien medida, la tuya,
justa: doce caballos.*

Sombra del paraíso, visión de un mundo en claridad (24), se halla en el tramo final de la representación del cosmos iniciada con *Pasión de la tierra*. Esta primera época aleixandrina se caracteriza, según hemos visto, por el motivo de la solidaridad con todo lo existente inorgánico o vital e identificación amorosa con ello mismo; la muerte además aparece concebida, en consecuencia, como supremo acto de vida, «definitiva entrega a la naturaleza amante, realidad última del universo» (25). En el primer Aleixandre, pues,

la intuición central consiste en la consideración de lo elemental, de lo primario como la única realidad verdadera.

... ..
 El autor ... siente un especial arrobamiento ante la naturaleza y sus elementos (la piedra, la luz del sol, el viento, el fuego, el bosque, el campo, el río, la montaña) y se entusiasma con ella y con ellos más que con los hombres.

... ..
 Será mejor lo más elemental, de forma que la piedra superará al vegetal, éste al animal, y el animal al hombre; ... al hombre alejado de la naturaleza, no al que se deja guiar por sus supremas instancias. Porque, en efecto, el hombre elementalizado, trozo del cosmos, es uno de los héroes fundamentales de esta lírica (26).

El primitivismo de la concepción aleixandrina le ha llevado al motivo recurrente de las ciudades y los vestidos como encubrimiento de la naturaleza; así lo expresa en el texto germinal de *Sombra del paraíso*, «Primavera en la tierra» (27):

*Vosotros fuisteis,
 espíritus de un alto cielo,
 poderes benévolos que presidisteis mi vida,
 iluminando mi frente en los feraces días de la
 alegría juvenil.*

(24) Cfr. «Prólogo» cit., p. 11. Comp. con el mismo motivo en Guillén, tal como destaca M. Alvar: *Visión en claridad (Estudios sobre «Cántico»)*, Madrid, 1976.

(25) C. Bousoño: Artículo cit., pp. 36-38.

(26) Bousoño: *Op. cit.*, pp. 49-50. quien además advierte: «El hecho desborda la poesía de Aleixandre y signa de muchos modos el período: gusto y nuevo aprecio del arte primitivo o ingenuo, e incluso del arte negro y prehistórico; gitanismo e «ingenuismo» y a veces pasionalismo de la poesía de Federico García Lorca, y, más evidentemente, pasionalismo de su teatro; interés en la poesía popular..., elementalismo como un supuesto de la poesía de Guillén... Diríamos entonces que el irracionalismo general de la época contemporánea adopta en Aleixandre la forma de esta exaltación de lo puramente elemental y cósmico con todas sus consecuencias, así como se manifiesta también de otro modo en el tono pasional, por ejemplo, de *La destrucción o el amor*» (pp. 50-51).

(27) Citamos por la ed. de Leopoldo de Luis: *Sombra del paraíso*, Madrid, Clásicos Castalia, 1977, pp. 121-124.

vosotros, dueños fáciles de la vida,
 presidisteis mi juventud primera.
 Un muchacho desnudo, cubierto de vegetal alegría
 huía por las arenas vívidas del amor
 hacia el gran mar extenso,
 hacia la vasta inmensidad derramada
 que melodiosamente pide un amor consumado

 Siempre fuisteis, oh dueños poderosos,
 los dispensadores de todas las gracias,
 tutelares hados eternos que presidisteis la fiesta
 de la vida
 que yo viví como criatura entre todas.
 Los árboles, las espumas, las flores, los abismos,
 como las rocas y aves y las aguas fugaces,
 todo supo de vuestra presencia invisible
 en el mundo que yo viví en los alegres días
 juveniles.
 Hoy que la nieve también existe bajo vuestra
 presencia
 miro los cielos de plomo pesaroso
 y diviso los hierros de las torres que elevaron los
 hombres
 como espectros de todos los deseos efímeros.
 Y miro las vagas telas que los hombres ofrecen,
 máscaras que nos lloran sobre las ciudades
 cansadas,
 mientras siento lejana la música de los sueños
 en que escapan las flautas de la Primavera
 apagándose (28).

Pero, además de su enraizamiento en la «primera época» de Aleixandre, ¿cuál es el sentido específico de este libro de tema paradisiaco? La crítica ha tratado de ponerlo en claro con distintas aproximaciones, algunas de las cuales repasaremos aquí con brevedad.

Ya prontamente Dámaso Alonso dedicó unas notas al libro (29), destacando como tema que en él se poetiza el de la vida o lo creado, el universo (30), pero motivo que se trata según un deseo cósmico totalizador; éste constituiría además el sentimiento fundamental en la poesía de Vicente Aleixandre hasta entonces (31). La lírica aleixandrina expresaba, pues, un anhelo de lo primario-total (32). Ahora bien; don Dámaso apunta entre líneas asimismo cómo el autor identifica ese anhelo de lo primario cósmico con su real infancia biográfica y con el

(28) Cfr. C. Bousoño, *op. cit.*, pp. 51-52, así como otros ejemplos de la manifestación de la aproximación a la naturaleza de *Sombra del paraíso* en pp. 54-55, 60, 63-64, 71...

(29) *Vid.* ahora *Poetas españoles...*, pp. 304-314.

(30) *Ibid.*, p. 306.

(31) *Ibid.*, p. 311.

(32) *Ibid.*, p. 314.

primer día del mundo, es decir, con el mundo como Paraíso. Encontramos entonces en el libro la evocación elegíaca de lo elemental-natural perdido, esto es, de la infancia y paraíso perdidos (33).

Carlos Bousoño, por su lado, interpreta más explícitamente que el texto responde a una figuración emanada del deseo de autenticidad, de perennidad en la dicha, pues resulta de la pesadumbre por el hombre histórico y sus obras: de ahí el exhorto a no nacer dirigido al elemento humano del cosmos (34). Literariamente, Aleixandre se sirve de un mito: el de la edad dorada en el pasado que se recuerda al escribir el texto (35).

Vemos, pues, cómo los comentaristas han apuntado de un modo claro la sustancia de contenido última de *Sombra del paraíso*: la rememoración o reviviscencia del existir natural del hombre en el mundo. Ultimamente, además, el enfoque se ha precisado —según creemos— notándose en particular cuál es la pesadumbre histórica denotada por Vicente Aleixandre. Así, Manuel Alvar, que ha analizado uno de los poemas del libro, manifiesta: «El poeta alzaba su repulsa contra un mundo que debiera ser mejor: ... con el descubrimiento de una belleza que, en su desnudez, acusaba a cuanto impedía la felicidad del hombre... La guerra es la perturbación del orden y la quiebra del amor. Sólo queda —1944— la angustia de que el Paraíso hubiera sido aniquilado» (36). Con posterioridad, F. Lázaro Carreter vuelve a señalar las circunstancias histórico-sociales de la España contemporánea y las biográficas particulares (en una medida dependiente de aquéllas) de nuestro autor, como motivo desencadenante de su meditación y creación literaria:

Retengamos la fecha (de *Sombra del paraíso*): 1944. Sólo hace cinco años que ha terminado la guerra civil. Sus efectos, sin embargo, continúan vivísimos... Años muy penosos para Aleixandre, el cual arrastra en difíciles condiciones su enfermedad renal; su padre, al que estaba unido por un profundo amor, ha muerto; sus amigos, compañeros en la creación poética, se han desterrado; algunos han perecido; otros sufren prisión. Sólo Dámaso Alonso y Gerardo Diego quedan en Madrid. Su casa de Velingtonia, 3, que estuvo en las proximidades del frente, ha quedado arrasada, y él... tiene que afanarse en reconstruirla. Una clara sospecha política planea sobre aquel escritor de inequívoco pasado liberal.

(33) Comp. *ibid.*, pp. 310, 312.

(34) *Op. cit.*, pp. 86, 92. El «¡Humano: nunca nazcas!», de don Vicente en *Sombra...*, p. 154.

(35) *Ibid.*, p. 85. Y comp.: «Muchos pasajes... proclaman su voluntad artística de creación de un mundo equivalente a esa realidad paradisiaca perdida» (L. F. Vivanco: «La generación poética del 27», en G. Díaz Plaja, dir., *Historia general de las Literaturas Hispánicas*, VI, Barcelona, 1968, pp. 463-628, p. 546).

(36) M. Alvar: «Análisis de Ciudad del paraíso», en J. L. Cano, ed., pp. 231-254, pp. 231, 252.

... ..
Era (*Sombra del paraíso*) otra reacción ante la guerra y sus secuelas..., el ahincamiento del escritor en su propio espíritu, para contemplar qué se había hecho de él... Vicente Aleixandre, físicamente débil y moralmente zarandeado, se enclaustró en su propio estupor, en la meditación del paraíso perdido de la esperanza.

... ..
Aleixandre no añora sólo su propio paraíso perdido, sino el de la tierra toda, contemplado a través de su propia pérdida... Se identifica con el mundo, le recuerda su pasado y quiere regresarlo, aunque sabe que no puede, que el proceso de destrucción es imparabable, y él cuenta sólo con palabras, con versos, imposibles sustitutos de la realidad (37).

Pero ha sido sobre todo el propio Leopoldo Urrutia quien más claramente ha optado por el enfoque interpretativo al que venimos refiriéndonos (38). *Sombra del paraíso*, libro compuesto entre septiembre de 1939 y noviembre de 1943, señala —nos dice— lo perdido, queriendo recuperarlo (39); muestra por ello una inhibición y aun alejamiento ante el presente (40). «Pensemos —concluye este comentarista— que toda derrota en una guerra es una *sombra del paraíso*. Desde la tierra propia y el ajuar y la familia, hasta el propio cuerpo, pasando por los ideales personales, son el paraíso que perdemos, al perder con la derrota la libertad, la autodeterminación. Dejamos de ser lo que éramos para ser lo que nos imponen los vencedores. *Sombra del paraíso nos anega*» (41).

IV

Personalmente, nos parece que *Aleixandre identifica en su libro la propia infancia y todo lo que existencialmente ha perdido con lo elemental-natural que ama, es decir, con el anhelo de lo primario cósmico, y así su texto resulta una reviviscencia elegíaca que toma la forma de pensamiento y literaria de mito: en este caso, el mito del paraíso perdido.*

En efecto, el mito constituye una forma de pensamiento que se dirige a salvar al hombre considerándolo globalmente en el orden

(37) *Loc. cit.*, pp. 4-5, 6-7, 11; los subrayados son nuestros. En cuanto a la circunstancia biográfica evocada por Lázaro, cfr. la «Introducción biográfica y crítica» de la ed. citada de Leopoldo de Luis, pp. 12-13, 30.

(38) *Vid.* «Introducción» cit., y anteriormente el artículo recogido en J. L. Cano, ed., pp. 255-262: «Otro acercamiento a *Sombra del paraíso*».

(39) Artículo cit., p. 256.

(40) *Ibid.*, p. 257.

(41) *Ibid.*, p. 262.

universal, esto es, consiste en un saber soteriológico (42). El Aleixandre acosado por muchas circunstancias adversas de orden personal y —principalmente— colectivas, se coloca a la altura de ellas ejerciendo un saber de salvación que da lugar a su discurso mítico: el que constituye Sombra del paraíso. Intelectivamente, trata de suprimir la Historia mediante el retorno o recuperación de una edad de oro, la de la infancia del hombre y del mundo, o sea, la del universo natural primario.

El propio don Vicente ha proclamado que su libro configura un mundo adueñado por la claridad—lo que consigue, por ejemplo, con el uso elocutivo del adjetivo (43)—, pero se trata de un «cántico de la luz desde la conciencia de la oscuridad», declarando también cómo ese constante contrapunto da a la obra su fondo patético (44). Veamos, pues, el *cántico* y *clamor* de Aleixandre.

Primeramente, expresa la perfección del universo en sus elementos; es aún la naturaleza inhabitada y armoniosa:

*La tierra conmovida
exhala vegetal
su gozo. ¡Hela: ha nacido!
Verde rubor, hoy boga
por un espacio aún nuevo.
¿Qué encierra? Sola, pura
de sí, nadie la habita.
Sólo la gracia muda,
primigenia, del mundo,
va en astros, leve, virgen,
entre la luz dorada.*

... ..
*Aún más que el mar, el aire,
más inmenso que el mar, está tranquilo
Alto velar de lucidez sin nadie.
Acaso la corteza pudo un día,
de la tierra, sentirse, humano. Invicto,
el aire ignora que habitó en tu pecho.
Sin memoria, inmortal, el aire esplende.*

... ..
*¿Quién dijo acaso que la mar suspira,
labio de amor hacia las playas, triste?
Dejad que envuelta por la luz campee.
¡Gloria, gloria en la altura, y en la mar, el oro!
¡Ah soberana luz que envuelve, canta*

(42) Cfr. José Luis Abellán: *Mito y cultura*, Madrid, 1971, que hemos tenido en cuenta en el texto. Sobre la forma mítica característica de una parte del pensamiento español, vid. las consideraciones interpretativas y metodológicas que expone el propio Abellán en el tomo I de su *Historia crítica del pensamiento español*, Madrid, 1979.

(43) Cfr. L. de Luis: «Introducción» cit., pp. 47-51.

(44) *Mis poemas...*, p. 129.